

Bioalquimia y el oro natural¹



El asiento del alma es donde el mundo interno y el mundo externo se encuentran.



Novalis

La bioalquimia representa una exploración interior, una búsqueda que lleva hacia las profundidades del ser para rescatar invaluables perlas de sabiduría transformativa. Es un profundo ejercicio de autoexploración, una armonización con las energías de la naturaleza a nuestro alrededor, en la que la voz que emana de los paisajes del alma de la persona y el planeta sugiere un sendero de integración y totalidad. La bioalquimia es un placer y un sufrimiento; un alegre sufrimiento que constantemente exige trascender la esfera lógico-racional para abrirse camino entre los profundos anhelos del alma que surgen del núcleo mismo del ser. Estos anhelos, aunque personales e internos, son fieles al devenir de la naturaleza: el llamado de un ave, la forma de una nube o el

1. Adaptado de: Villaseñor Galarza, A. (2017). *Corazón del cielo, corazón de la Tierra: la espiritualidad en la era planetaria*. CreateSpace.

patrón de las venas de una hoja existen en consonancia con el más profundo deseo humano.

La bioalquimia es una formulación contemporánea, personal y planetaria del impulso innato de la transformación humana en una alianza con el resto de la naturaleza. En este mundo obsesionado con la prisa y el progreso, se requiere de un esfuerzo considerable para reconocer y seguir la sabia guía del mundo natural. La bioalquimia es una invitación a respirar, observar, apreciar y participar de la vitalidad del mundo natural, lo cual asiste en el restablecimiento del amplio espectro de posibilidades relacionales del ser humano. Esta invitación relacional, del latín *relationem* o «restaurar», ofrece regalos únicos que van más allá de la común concepción separatista del humano y de la naturaleza, mientras que forja un sendero de integración, crecimiento psico-espiritual y viabilidad ecológica.

La bioalquimia es la unión de *bios* o «vida» con la ciencia y arte real de la transformación, la alquimia. La tradición alquímica ha estado rodeada de misterio desde sus inicios, escondida deliberadamente entre simbolismos y lenguaje barroco con el fin de proteger la invaluable sabiduría transformativa en el corazón de esta antigua tradición. Terence McKenna propuso una de mis definiciones favoritas del arte real, «*la alquimia es la tradición secreta en la que se redime el espíritu de la materia*». ¹⁸ Mas que una tradición esquiva con tintes bizantinos y con el iluso objetivo de

transmutar plomo en oro, la alquimia resguarda saberes esenciales para experimentar la más elevada plenitud y bienestar, el resplandeciente oro del ser. Este invaluable estado, propone la bioalquimia, se origina al restaurar y vivenciar el amplio espectro de la relación humano-naturaleza.

Orígenes

Hace cerca de 20 años comencé un pequeño proyecto de permacultura y eco-pedagogía integral en Guadalajara, México, con la ayuda de un querido amigo. Nuestra actividad principal era la preparación de compost y su comercialización. Utilizábamos un método aeróbico y termófilo que tiene la ventaja de acelerar notablemente la descomposición de los materiales de unos meses a tan sólo un par de semanas. La diferencia en los tiempos tenía que ser recompensada con trabajo; cargar, palear, mezclar y recolectar estiércol, y estar constantemente perfumados de una flagrante mezcla de sustancias en fermentación era la orden del día.

Era necesario prestar una afinada atención a todos los factores involucrados en el proceso de compostaje, incluyendo la temperatura, la calidad del agua, el tamaño de las partículas, los niveles de aireación, la calidad e integración armoniosa de los diferentes componentes, entre otros. Después de una breve curva de aprendizaje, el compost producido era de muy buena calidad, pero gracias al limitado

equipo de trabajo y a la ausencia de financiamiento inicial, no obtuvimos muchas ganancias monetarias. Sin embargo, lo que si obtuvimos fue una invaluable experiencia de intimidad y confraternidad con la naturaleza y sus ciclos.

Mi amigo y yo estábamos familiarizados con la información teórica necesaria para emprender un exitoso proceso de compostaje. No obstante, el tomar parte activa en el proceso de descomposición de materia orgánica es una experiencia particular. Parecía que el compost demandaba la transformación de todas las cosas involucradas, ya fueran desechos, bacterias, estiércol o humanos. Me atrevo a decir que una silenciosa transformación se habría puesto en marcha en mi interior incluso si me hubiera limitado a observar atentamente la descomposición de la pila de compost.

Además de estar en constante contacto con olores penetrantes, diversas sustancias de origen animal y vegetal, y una variedad de materiales en descomposición, un impulso subyacente parecía conectarnos con el compost. En las profundidades de nuestras mentes, experimentábamos lo que el antropólogo francés Lucien Lévy-Bruhl denominó *participation mystique* o «participación mística». Este tipo de participación, una característica emblemática de las sociedades tribales, se caracteriza por un sentido de identidad compartido entre el individuo y el mundo. En repetidas ocasiones, mientras observaba el montón de compost transformarse, lograba darme cuenta de cómo la

descomposición de la materia orgánica y el surgimiento de tierra fértil guiaban mis procesos mentales. Esta realización trajo consigo una genuina sensación de satisfacción.

La danza que tenía lugar entre mi cuerpo y la pila de compost reafirmó una vieja intuición sobre la existencia de una matriz invisible o alma que une, informa y nutre todas las cosas. Trabajar de cerca con los ritmos de la materia orgánica a través del proceso acelerado de compostaje me brindó la oportunidad de experimentar la esencia interdependiente de la transformación interna y externa. La bioalquimia nació de la metamorfosis de la materia orgánica y de la sabiduría relacional que surge de participar conscientemente en los ciclos de la naturaleza.

Los pilares del templo

La transformación bioalquímica en vías de la más refinada expresión del humano descansa en dos fundamentos principales. Así como los dos pilares a la entrada del legendario templo de Salomón en Jerusalén, el portal que conduce hacia las cámaras bioalquímicas, en donde se produce el oro reconectivo del bienestar, de la viabilidad y la realización, es igualmente resguardado por dos pilares: el reino intermedio y el reencantamiento del mundo.

La bioalquimia es una aproximación relacional, integral y ecológica al proceso de transformación. Esto significa un cambio de énfasis de entidades particulares a la red de

espacios «vacíos» entre ellas. Esta red de espacios entre los objetos individuales es un mundo en sí mismo. En la tradición griega, tal reino era crucial para comunicarse con los dioses y diosas, así como para darle significado y propósito a la existencia. La noción del *metaxy*, originalmente una preposición que significa «entre», fue comprendida por la sacerdotisa Diotima de Matinea como un estado de ser entre lo humano y lo divino, entre lo mortal y lo inmortal. De acuerdo a la sacerdotisa, maestra de Sócrates y Platón, esta naturaleza metaxica permea la creación y constituye específicamente el reino de *Eros*, el dios del amor. *Eros*, como regente del *metaxy*, es el encargado de articular la realidad de manera armoniosa.

El gran filósofo Plotino se refería a los seres humanos como los del medio, suspendidos a medio camino entre los dioses y las bestias. Para Platón, quizá pareciendo ir en contra de su formulación de un reino trascendental de ideas, el *metaxy* mantenía la alianza entre lo humano y lo divino, entre el espíritu y la materia. El *metaxy* puede ser visto como una manifestación de la comunión y la convivencia; el pegamento que aglutina todo ser viviente a manera de red y lo conecta con su origen sagrado. Esta ecología sagrada está permeada de empatía, compasión y amor (*Eros*).

En la tradición islámica, el reino intermedio es conocido como el «mundo imaginal» (*alam al-mithal*), el cual se encarga de conectar lo material (mundo inferior) y lo divino (mundo

superior). Más allá de ser una fabricación irreal y fantástica de la fe ciega de la humanidad, el mundo imaginal presenta rasgos tanto materiales como espirituales, permitiendo así la comunicación entre los extremos. Desde esta perspectiva, es gracias al mundo intermedio que toda experiencia espiritual tiene lugar: desde el ritual, la oración y la meditación, hasta el amor y la contemplación. Como su nombre lo indica, el mundo imaginal es convocado y cultivado a través de las facultades imaginativas humanas en consonancia con el sentimiento y la intuición. En su conjunto, esta imaginación activa hace accesible los contenidos del alma al ejercitar una visión simbólica y metafórica de la vida —aliados esenciales en la búsqueda de valor y significado.

El primer pilar de la bioalquimia, el mundo intermedio, invita una refinada sensibilidad hacia la compleja red de relaciones que nutre nuestro ser en todo momento y lugar. Prestar atención al reino intermedio entre los límites percibidos de nuestro cuerpo y el suelo, los árboles, las aves, los edificios y otros compañeros humanos permite el desarrollo de la conciencia simbólica y metafórica, fundamento del proceso de transformación. De igual manera, reconocer los espacios temporales entre una acción y otra constituye una invitación similar a la del *koan* Zen: influenciar el flujo incesante de la mente lineal de tal manera que se cuestione su propia valía y funcionamiento. Es entonces que

se forja un camino interno para que la creatividad natural se manifieste en la mente y el corazón.

Existimos gracias a nuestras relaciones. Nos encontramos en perenne relación con lo sagrado, la Tierra, nuestros pensamientos, nuestro alimento, otras especies, el sol, nuestros sueños y con el cosmos mismo. Esta profunda interdependencia en el seno de la existencia es otra manera de expresar la dimensión ecológica que nutre y da vida a todo lo que es. El mundo intermedio asiste en la exploración y reconocimiento de la sagrada ecología de la que somos fruto, a medida que provee el espacio de transformación necesario para generar el oro humano en alianza con la naturaleza.

El reencantamiento del mundo o la recuperación de un sentido generalizado de significado y valor es el segundo pilar de la bioalquimia. Un entendimiento expansivo del alma más allá de los confines de la mente humana, tal y como propone la biolaquimia, permite entablar una relación significativa con el mundo natural y ayuda a recuperar un sentido de comunidad y parentesco con la diversa familia planetaria. La gran alma del mundo se vuelve palpable en la admiración experimentada al presenciar un atardecer multicolor en una playa tropical o al advertir la majestuosidad emanada por un gigantesco peñasco de granito. Esta innata sensación de respeto, admiración y asombro habita plena en una mente capaz de ir más allá del hechizo de la racionalidad, el

pensamiento lineal y las interacciones superficiales hacia las profundidades de la experiencia vivida.

La profundidad o interioridad del mundo se hace evidente mediante los mitos e imágenes que influyen la mente profunda. Estas imágenes e historias de trascendencia psicológica arrojan luz a preguntas esenciales del ser humano y apuntan a la posibilidad de una convivencia armoniosa con la comunidad de la vida a través del reencantamiento del mundo. La vieja creencia en la existencia de criaturas mágicas tan variadas como hadas, ángeles, guardianes del lugar, naguales, genios, musas o daimones representa, entre otras cosas, una manera de entrar en comunicación con los habitantes de un mundo encantado. Incluso cosas de la vida cotidiana, como bancas, piedras o lámparas, pasan a tener su propia personalidad o expresión de profundidad a medida que despertamos a una percepción encantada del mundo.

Tres dimensiones

La Tabla de Esmeralda, breve texto atribuido al mítico padre de la alquimia Hermes Trismegisto, condensa la Gran Obra de transmutación y creación de la piedra filosofal o el oro alquímico. La bioalquimia, siguiendo uno de los dichos alquímicos más conocidos desprendido de tal texto (como es arriba, es abajo), propone que el arte y ciencia de la transformación de la conciencia humana ocurre a medida que ésta se abre a la sabia guía del mundo natural. Como es

adentro (del humano), es afuera (en la naturaleza) y viceversa. Es gracias a esta íntima interdependencia y similitud entre el humano y la trama de la vida que la bioalquimia cultiva tres dimensiones interrelacionadas: el autodescubrimiento, la reconexión con la naturaleza y la acción sostenible y regenerativa.



Prestar atención a los movimientos del alma nos lleva a cruzar el portal de la transformación hacia la recuperación de las capacidades relacionales reprimidas de nuestra humanidad. El ejercicio de autodescubrimiento conduce a la realización de que nuestros parajes internos existen inextricablemente vinculados a lo que ocurre en el mundo natural. Quizá, al ir a hacia adentro, nos demos cuenta de que la vitalidad de la tierra fértil o la libertad y fluidez del río camino hacia el mar se encuentran también en el núcleo de nuestro ser. De manera paralela, abrir nuestros sentidos a los

ciclos de la naturaleza nos puede inspirar a mirar hacia adentro en quietud y confianza, ya que esa misma fuerza y presencia silvestre que energiza los ecosistemas entreteje nuestra membresía con la comunidad planetaria. En pocas palabras, la aventura del autodescubrimiento tiene lugar al ir hacia las profundidades, dentro o fuera.

La segunda dimensión, la reconexión con la naturaleza, es en realidad una faceta del proceso de autodescubrimiento humano-naturaleza. Es comúnmente un viaje largo y gradual el que nos lleva a caer en cuenta de la similitud y reciprocidad entre el humano y el mundo, por lo que se vuelve necesario entrar en contacto directo una y otra vez con las virtudes de la naturaleza. Entablar una relación directa con los parajes naturales no sólo acarrea beneficios a nivel físico y psico-emocional, sino que también forja un vínculo consciente con el corazón de nuestra humanidad. El autodescubrimiento y la reconexión con la naturaleza son dos caras de la misma moneda que refleja fielmente la aventura bioalquímica de transformación en el planeta Tierra.

Las acciones sostenibles y regenerativas surgen naturalmente de las personas conectadas con los paisajes del alma humano-naturaleza. Despertar a la unidad diferenciada de la vida en el planeta conlleva el saberse parte de la totalidad, mientras que se reconoce y celebra cómo la totalidad se manifiesta en forma humana. Como es adentro, es afuera, nos recuerda la bioalquimia. Es desde este despertar

que las acciones en beneficio al mundo natural fluyen sin mucho esfuerzo. Esperar a que un buen día la alquimia de vida fluya a través de nosotros sería un error —muy probablemente el caos eco-social llegaría rápidamente a su máxima expresión. Es a diario y con pequeños actos y despertares que se cultivan las tres dimensiones de la bioalquimia. Al conformar un sistema interconectado, la práctica de cualquiera de las dimensiones pone en marcha la activación de las demás.

Con cada luna que crece y mengua, las fértiles posibilidades de la bioalquimia se vuelven más aparentes. A medida que aprendo a ser guiado por el conocimiento unitivo humano-naturaleza, los múltiples retoños en la tierra de mi alma crecen cada vez más verdes y vibrantes. Esta vitalidad interna a su vez refleja una habilidad expandida de conexión con la naturaleza que transforma lugares de mi ser previamente desolados en paisajes del alma frescos y fértiles. La pertenencia transformativa del ser humano y la naturaleza que la bioalquimia cultiva produce el oro que sana el amplio espectro de relaciones que constituyen mi ser.

La Gran Obra bioalquímica ayuda a hacer consciente la olvidada totalidad en el núcleo de nuestra humanidad y su íntima reciprocidad con el mundo natural. La restauración del espectro de relaciones del ser humano contrarresta la

ausencia de valor y significado en nuestras vidas y hace resurgir el misterio que guía, nutre y reverdece el alma humana y el espíritu del mundo.

